

Número cero

UMBERTO Eco, *Lumen*, Barcelona 2015, 218 pp.
ISBN: 978-84-264-0204-2

Fátima Uríbarri

Periodista

Quisiera rotular esta recensión como «Las vergüenzas de la prensa». El comienzo de *Número cero* es prometedor: el protagonista se percata de que alguien ha estado en su casa esa noche porque al levantarse ya no suena la molesta gotera del grifo de su cocina. Alguien ha girado la llave de paso del agua y no ha sido él. Nos enteramos entonces que Colonna, el protagonista, es periodista y corre peligro porque conoce verdades incómodas.

De antemano, nos frotamos las manos pensando en que estamos hincando el diente a una intriga misteriosa. Aparentemente, Umberto Eco zambulle al lector a un enigma de difícil resolución junto a la peligrosidad que vive su protagonista. Además, la firma del autor de *El nombre de la Rosa*, hace de su lectura mucho más prometedora. Pero no. *Número cero* no es un *thriller* trepidante. Lo que viene a continuación del descubrimiento de Colonna de que alguien ha entrado en su casa, es un largo *flashback* en el que el personaje se

presenta como un contumaz perdedor y relata las vicisitudes de un curioso proyecto periodístico: la creación de un diario destinado a no saltar nunca a los quioscos. Se trata, pues, de un periódico que, en realidad, constará sólo de una docena de números «cero» (de prueba) con los que el editor, un oscuro *comendattore* pretende chantajear al poder para afianzarse en él.

En la presentación de Colonna, hay algunas frases de gran calibre: «Cuando vives cultivando esperanzas imposibles, ya eres un perdedor. Y cuando te das cuenta, te hundes», «los perdedores, como los autodidactas, tienen siempre conocimientos más vastos que los ganadores» o «el placer de la erudición está reservado sólo para los perdedores». U. Eco se explaya en este asunto y es inevitable pensar que su intención apunta al desprecio en la sociedad actual hacia el conocimiento y la cultura. Tampoco se puede evitar pensar en el propio Eco como uno de esos eruditos de la sociedad. Ahora bien, ¿en qué bando se sitúa? ¿En el de los

perdedores? La clasificación entre quienes ganan y quienes no enlaza con el objetivo de esta novela: denunciar la corrupción, es decir, la emergencia de una serie de mangantes muy listos que manejan los hilos necesarios, manipulando y engañando al resto de ciudadanos, los ingenuos «perdedores» que ignoran este entramado.

A Colonna lo fichan para trabajar en *Domani*, un periódico de sólo seis redactores ideado para no publicarse jamás. Su pretensión es la de amedrentar a los enemigos del *comendattore* Vimecarte, un personaje invisible al que sólo trata el director de *Domani* y en el que bajo la ficción se podría adivinar realmente el perfil del mismo Silvio Berlusconi. El *comendattore* resulta ser un empresario muy rico y ambicioso que quiere posicionarse en los círculos del más alto poder manejando los medios de comunicación. La novela está ambientada en la Italia de 1992, el año que salió a la luz *tangentópolis*, un inmenso y profundo entramado de corrupción en el que estaban enredados los políticos de los grandes partidos. El mismo año tiene lugar el asesinato del juez Giovanni Falcone. Un año cargado, por lo tanto, de la primera investigación judicial, Manos Limpias, en relación a la corrupción entre el poder político y económico. Ello provocó una

gran convulsión al hundirse los partidos tradicionales. De ahí nace el resurgimiento de la *Liga Norte* y el nacimiento de la *Forza Italia* de Silvio Berlusconi.

Lo que Umberto Eco ha querido mostrar en *Número cero* son las sucias bambalinas de la corrupción. Pero lo hace desde un punto de vista teórico, es decir, a partir de las reuniones de redacción del periódico *Domani* cuyo director, Simeï, adoctrina a los redactores sobre lo que deben escribir. Ellos desconocen que su periódico nunca se publicará por lo que devienen también «perdedores» aunque para ser fichados en ella deben tener un perfil *friki*. Ello no significa que algunos de ellos no sientan el mínimo escrúpulo ante las bellasquerías de Simeï y su doctrina de lo que tienen que escribir.

En estas reuniones hay también interesantes aseveraciones: «Yo sospecho, sospecho siempre» –dice Braggadoccio, un periodista bastante paranoico que cree haber descubierto un importante escándalo–. De él, afirma Colonna: «había perdido todas las certezas salvo la seguridad de que siempre hay alguien a nuestras espaldas que nos está engañando». Por lo tanto, Simeï, el director de *Domani*, es la encarnación del periodista desalmado, el que inventa, tuerce y corrompe: «no son las noticias

las que hacen el periódico sino el periódico el que hace a las noticias» –impreca a sus redactores–. O bien, en otro momento arguye: «un periódico se mide también por su capacidad de hacer frente a los desmentidos», «un periódico serio tiene que tener *dossieres*».

Al respecto, las directrices de Simeoni son muy claras: «Limitémonos a difundir sospechas [...] luego pasaremos por caja cuando llegue el momento». Aún más, «se trata de dar un escalofrío, provocar una sensación de desazón» –adoctrina el astuto Simeoni a sus chicos–. Sin embargo, lo que no es tan claro es el tipo de reportajes que se gestan en tales reuniones, como la situación de la prostitución o de la homosexualidad. Únicamente las frases de Simeoni dirigen a los lectores hacia la vereda corrupta que U. Eco quiere mostrar pese a que se echa de menos algún caso que haga a los lectores descubrir las artimañas corruptas. ¿Qué hay de la intriga que Eco prometió en el comienzo? La idea de la novela es buena: desnudar las concomitancias entre los medios de comunicación y el poder político y económico. El problema de *Número cero* es una laguna: desvelar las vergüenzas del periodismo a través de su trama.

No obstante, existe un caso. Bragadoccio, el redactor de *Domani*,

le cuenta al protagonista que cree haber descubierto un gran escándalo que inclusive llega a relacionar la investigación llevada a cabo con Benito Mussolini, la logia P-2 de Lucio Gelli, la CIA, el Vaticano y la muerte del Papa Juan Pablo I. Es curioso que a U. Eco se le ha acuñado siempre de ser demasiado erudito y denso en sus novelas (*El péndulo de Foucault*, *La isla del día de antes*, *Baudolino*, *La misteriosa llama de la reina Loana*, *El cementerio de Praga*) pero, en este caso, *Número cero* resulta ser demasiado ligera como una caricia en la superficie de un problema. Así, U. Eco denuncia la corrupción, pero sólo enunciándola. Existe, claramente, una situación social contemporánea que pertrecha nuestra actualidad. Colonna afirma que si un programa de televisión denuncia un escándalo de importancia capital, las personas decentes no creerían esa información o no verían ese reportaje porque estarían enganchados a la telebasura. En otro momento, el mismo Colonna sentencia: «el mafioso en el Parlamento, el defraudador fiscal en el Gobierno, y en la cárcel sólo los ladrones albaneses de pollos». Ésta es la denuncia de U. Eco en la que incluye a los medios de comunicación (el cuarto poder) como participantes necesarios y habituales de la corrupción.

Este escritor, intelectual de prestigio internacional, catedrático de semiótica, *Doctor Honoris Causa* por treinta y ocho universidades y Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades, entre otros reconocimientos, transmite un mensaje mediante sus aseveraciones y otras sentencias puestas en boca de sus personajes: «los periódicos no están hechos para difundir noticias sino para encubrirlas», frase, por otra parte,

de un gran resonancia. De hecho, durante varias semanas *Número cero* ha estado entre los libros más vendidos de Europa. Sin embargo, no es una novela fascinante, a nuestro modo de ver. Si interesan las novelas sobre periodismo, son excelentes *Bel Ami*, de Guy Maupassant; *Los últimos días de La Prensa*, de Jaime Bayly o las muy divertidas sátiras en *¡Noticia Bomba!*, de Evelyn Waugh, y en *Psmith, periodista*, de P. G. Wodehouse. ■